

Panorama literario del siglo IV

por CARLOS MIRALLES

Digamos que el siglo IV es un siglo cogido entre dos bloques. Que empieza el año mismo del asesinato legal del filósofo Sócrates — mal comienzo —, y que se continúa hasta Alejandro y no más, y aún a trancas y a barrancas. Detalles hay, en literatura y en arte, que no pueden interpretarse sino como presagio aglomerado de lo helenístico; otros que parecen simplemente continuar la tradición clásica, inserirse en ella del modo más natural, como si nada hubiese pasado. Incluso así, bosquejadas las tendencias de este modo tan elemental, el siglo aparece como resquebrajado en dos bloques, la consideración de cada uno de los cuales, empero, se complica al comprobar que en cada autor, en mayor o en menor medida, hay detalles de los que digo, pero los unos interpretables en un sentido, los otros en otro.

Es el siglo de la prosa, se ha dicho. Y está bien dicho, sin duda. Pero ahí tenemos a Aristófanes entrando en la nueva época; ahí tenemos la renovación, para nosotros prácticamente misteriosa, de Agatón,¹ y toda la comedia media,² y todavía las quejas de Quérilo, en el umbral del siglo, en el fragmento I Kinkel,³ quejándose el poeta de la tradición, de lo trillados que están los géneros poéticos: de un lastre, en fin. Como contrapartida, podría decirse: ahí está el diálogo platónico o la oratoria forense; pero el diálogo era una forma socrática, y la oratoria hunde sus raíces en la sofística primera y en la época clásica. La oratoria es un género clásico, sin duda,⁴ aunque dé ahora sus más espléndidos frutos. Digamos la historia: hablemos del giro dado por los discípulos de Isócrates,⁵ del efecto literario, de lo fantástico, y veamos ahora un preludio de la historiografía en torno a Alejandro; pero no nos apresuremos: también hemos de considerar a Jenofonte, al anónimo autor de las *Helénicas de Oxirrinco*, a los continuadores de Tucídides.⁶ Formas nuevas y formas viejas; sí, el eterno problema de la tradición y de la originalidad, pero planteado ahora de un modo vital, decisivo.

1. Sobre él, P. LÉVÊQUE: *Agathon*, París, 1955. Sobre los trágicos de esta época se dice bien en esta obra, "ils sont comme des statues dont l'inscription se lit ou se devine encore, mais dont le temps a effacé presque tous les traits".

2. Cf. D. FEDELE: *La commedia greca nel periodo attico di mezzo*, Reggio Calabria, 1938; T. B. L. WEBSTER: *Art and literature in fourth century Athens*, Londres, 1956.

3. *Epicorum graecorum fragmenta*, I, Teubner, 1878.

4. Cf. H. LANSBERG, *Handbuch der litera-*

rischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft, Munich, 1960.

5. Se hallará información sobre ello en W. NESTLE: *Historia del espíritu griego*, Barcelona, 1961; puede confrontarse el prólogo a mi edición (con traducción catalana) de Jenofonte de Efeso, Barcelona, 1967.

6. Se hallará bibliografía sobre las *Helénicas oxirrinquitas* en la edición de V. Bartoletti, Teubner, 1959; cf. A. F. BRUCE: *An historical commentary on the Hell. Oxyrh.*, Londres, 1967. Sobre Timeo y otros, T. S. BROWN: *Timaeus of Tauromenion*, Berkeley, 1958.

La literatura es todavía ateniense. Que esto nos libre de hablar de helenismo. Y, con todo, podemos preguntarnos: ¿no era más ateniense la historiografía cuando el viejo Heródoto ciñó alrededor de Atenas el mosaico de sus historias? Heródoto de Halicarnaso, jonio. ¿Y la tragedia? ¿No estaba acaso más arraigada en Atenas, entonces, cuando el venerable Esquilo discutía la autoridad del Areópago, o cuando el mismo Eurípides iba siguiendo, en sus tragedias de guerra, las vicisitudes bélicas de su ciudad? Ahora Agatón atentaré grandemente contra la tradición: inventará sus temas. Y Jenofonte desplazará el centro de gravedad del mundo griego: de Atenas, su patria, a Esparta, su patria espiritual: por ella luchará, en ella hará su servicio militar y por ella morirá, como él mismo pudo haber muerto, su hijo.

¿Tiene el siglo iv una entidad? ¿Es posible detectar esta entidad en el campo de lo literario? Depende quizá de lo que entendamos por entidad: ya la hay, en cierto modo, en lo que llevamos dicho hasta aquí: continuación de lo clásico, presagio de lo helenístico. Y, en realidad, la crítica ha dado ya su opinión, aunque sea de un modo indirecto: el siglo iv es, en literatura, el final de lo clásico, clásico todavía, y con rasgos innovadores. Pero estos rasgos innovadores están ya en Eurípides, puerta para la poesía helenística⁷ y para el teatro de Menandro,⁸ y están también en Critias, personaje olvidado, pero, a mi entender, de capital importancia: en sus elegías hay base para la contraposición Atenas-Esparta de Jenofonte y de Platón (a favor de Esparta, naturalmente),⁹ y también para la elegía erudita y descriptiva de la época helenística.¹⁰ Y en Isócrates, que empieza la tradición de los *τοὶ βασιλείας* helenísticos¹¹ y que ve ya la necesidad de desplazar el centro político de Atenas:¹² queda como compensación una especie de primacía espiritual, y si ésta se entiende manifestada en lo literario, sin duda Atenas tenía motivos todavía para detentarla.

En mi opinión, el siglo iv se caracteriza por habernos llegado desenfocado merced, precisamente, a la primacía intelectual y literaria de Atenas. Pero este mismo desenfoco es captable en Platón, a la busca, caza y captura de su sociedad ideal, fuera de Atenas e incluso del mundo griego, y todavía en los ojos tenazmente fijados en el pasado y en la pasada grandeza de Atenas: devolvamos a Demóstenes lo que hay de noble en su entrañable pero retrógrada actitud. Atenas, la guerra del Peloponeso, Pericles: éstos eran los centros de la atención de Tucídides; centros concretos, próximos, posibles. Pero en Demóstenes, a pesar de

7. Cf. A. ROSTAGNI: *Poeti alessandrini*, Turín, 1916 (reimpr. 1963).

8. Cf. A. BARIGAZZI: *La formazione spirituale di Menandro*, Turín, 1965. En especial, E. SEHRT: *De Menandro Euripidis imitatore*, Gies-sen, 1912 (Diss.).

9. Me refiero al fragmento 4 Diehl; frag. 6 en la edición de A. Battagazzore (en A. BATTEGAZZORE y M. UNTERSTEINER: *Sofisti. Testimonianze e frammenti*, fasc. IV, Florencia, 1962), cuyo comentario es realmente exhaustivo.

10. Me refiero, ahora, al frag. 1 Diehl, suerte de catálogo elegíaco de las excelencias de determinadas ciudades griegas y foráneas; aparte del comentario de Battagazzore, en la obra citada, debe verse el artículo, muy desigual, breve, de R. CADOU: "Critias élégiaque", en *Bulle-*

tin de l'Association Guillaume Budé, marzo de 1966, pp. 121-123. La valoración de este fragmento con referencia a la poética calimaquea en G. CAPOVILLA: *Callimaco*, Roma, 1966.

11. Cf. ÁLVARO D'ORS: "Roma ante Grecia", en *Problemas del mundo helenístico*, Madrid, 1961.

12. Esto debe ponerse en relación con el brillante artículo de A. TOVAR "La decadencia de la polis griega", en el volumen cit. en nota anterior. Sobre Isócrates, además de la aportación de N. Albalull y E. Pagés en estas mismas páginas, debe confrontarse G. MATHIEU: *Les idées politiques d'Isocrate*, París, 1925, y, últimamente, Kl. BRINGMANN: *Studien zu den politischen Ideen des Isokrates*, Gotinga, 1966.

él mismo, Atenas no es nada concreto, contemporáneo, real: es un pasado glorioso, una tradición política contra la cual él mismo demuestra que se atenta continuamente, en sus días,¹³ como el mismo Isócrates: ambos contraponen el pasado al presente: lo que fue Atenas a lo que es.¹⁴

La democracia es ya un pasado periclitado. Con ella, equilibrio luego roto, que había primero conseguido Esquilo,¹⁵ nació la tragedia. Y con ella murió la tragedia, o, lo que viene a ser igual, las nuevas circunstancias promovieron en su seno un cambio tan radical, ya palpable en Eurípides, que dieron al traste con la antigua concepción, que superaron la visión sofóclea, y que fueron al cabo su muerte.¹⁶

El equilibrio entre el pueblo y la nobleza, que había conducido a una religión oficial apolíneo-dionisiaca, y a tragedia misma, se quebró — después del imperalismo cuyas violencias nos ha descrito Tucídides,¹⁷ pero vino a suplirse con una visión económico-política de la que informan, amén de un tratado de Jenofonte, también algunos caudillos de la Atenas del siglo IV, como el banquero Eúbulo. Esto fue la consecuencia del desnivel socioeconómico creado por las guerras: al

13. Demóstenes ve esta tradición resumida, como acrisolada, en el *nomos*, en la conservación de las leyes adquiridas, precisamente en la medida en que estas leyes remontan al pasado glorioso de Atenas. Frente a estas leyes se levanta la nueva abogacía, en cuyas filas militan “técnicos del decir”. Se buscarán con éxito ambos extremos en el *Contra Androción*, por ejemplo: en el cap. 4 informa Demóstenes de que su oponente es uno de esos “técnicos”, “y no ha hecho en su vida, dice, sino dedicarse a esto solamente”; su actitud es comparada, en cap. 58, a la de las ramerías (ὄμοτέχνους πόρναις). La posición de estos nuevos abogados, sin embargo, está más a la altura de los tiempos, y el conflicto es comparable al que se sintió en Roma, en época de Cicerón, entre los jóvenes oradores jurídicos y la tradición de los *turisprudentes* (cf. A. D'ORS, *art. cit.* en nota 11). El mismo concepto de *τέχνη*, fundamental a partir de los sofistas y de Platón, tiene, según se sabe, hondas resonancias helenísticas (cf. C. MIRALLES: *Grècia i Roma: originalitat de l'ele-gia eròtica llatina*, en *Δόρωι σὺν ὀλίγῳ*, Barcelona, 1968). Sucede aquí lo mismo: la poesía helenística es “técnica”, y no ya “política” (en sentido literal), como antes; porque la *polis* no sustenta ya la actividad poética.

14. En Isócrates la *politeia*, y especialmente la de Solón (594) y la de Clístenes (508), es el “alma de la ciudad” y “tiene cuanta fuerza el entendimiento en el cuerpo” (*Areopag.* 14). El éxito político de Atenas depende según Isócrates de que ya en tiempos de la monarquía el gobierno se ejerció *δικα φερώντως τῶν ἄλλων* (*Panathen.* 138), en términos y en actos de *ἀρετή*. “El pueblo aprendió esto y no lo olvidó en los regímenes sucesivos” (*διὰ τῆν μεταβολῆν: ibidem*, 139). Atenas es, pues, depositaria de una *paideia*, pero el espíritu versátil de Isócrates sabrá defen-

derla aclimatándola, por así decir, a las nuevas circunstancias y, sobre todo, Isócrates sabrá ver que la educación prepara a los hombres cara al futuro, sea cual fuere este futuro, y así dice, en términos significativos, que puede hacerlos *τεχνικῶ τέχνῳ* “y más aptos para buscar elementos de persuasión” (*Contra los sofistas*, 15).

15. Seguramente sobre aquello heraclíteo de “la más bella armonía” que resulta de la oposición de contrarios (*ἐκ τῶν διαφορόντων*); cfr. C. MIRALLES: *Tragedia y política en Esquilo*, Barcelona, 1968.

16. Ya LUKACS notaba, en su *Teoría de la novela*, que los cambios de género se dan en momentos críticos; así tanto su origen y formación como su decadencia: en el momento crítico de paso hacia la democracia nace la tragedia (cf. J. ALSINA, “Orígenes de la tragedia y política en la Grecia clásica”, *Rev. de la Univ. de Madrid*, XIII, 51, 1964), y en el momento crítico en que la *polis* democrática se desmorona, cuando los demagogos y los salchicheros de los *Caballeros* de Aristófanes, y luego cuando la campaña de Sicilia, la tragedia, entonces, pasa por la etapa novelesca de Eurípides (cfr. RIVIER: *Essai sur le tragique d'Euripide*, Lausana, 1944, y A. TOVAR: “Aspectos de la “Helena” de Eurípides”, en *Estudios sobre la tragedia griega*, Madrid, 1966) y acaba en la “invención” temática que quizá caracterizó (cfr. nota 1) la obra de Agatón.

17. El hábil discípulo de los sofistas que es Diódoto (*Hist.* III, 36 ss.) logra derrotar a Cleón en la cuestión de Mitilene (sobre ello, A. ANDREWES: “The Mytilene debate” en *Phoenix*, XVI, 2, 1962), pero el triste diálogo entre melios y atenienses (V, 85 ss.) y su no menos triste final ilustran bien sobre las violencias a que me refiero.

final de la del Peloponeso, el campo ateniense había quedado devastado,¹⁸ y sus pequeños propietarios en situación capaz, por su gravedad, de moverles a vender por poco dinero; el proceso de formación de latifundios se había iniciado, y los que veían, como luego Aristóteles, en la repartición de la tierra un signo de prosperidad económica, soñaban en sociedades que hubieran abolido o que no conocieran la propiedad; así Éforo,¹⁹ a propósito de los escitas, y los ideales comunistas que ridiculiza Aristófanes en su *Asamblea de mujeres*, de 392, pero que por esta época ya había teorizado, al parecer, Teleo de Calcedonia, según el testimonio de Aristóteles en su *Política* (II, 4, 1 ss.). Aunque en Atenas la situación no era desesperada, en general, y, desde luego, a partir de las reformas financieras de Eubulo, con todo, dice Isócrates que era un peligro ser rico,²⁰ lo cual ha de querer decir que existía una masa de desheredados y que no eran pocos los desmanes. Falta un poco todavía para que lleguemos a la plácida burguesía de Menandro,²¹ y ahora, paradójicamente, resulta que el pacifismo es la llave maestra de los conservadores.

Tragedia y democracia habían nacido juntas²² y murieron juntas. Quedó la comedia alusiva, jocosa, desenfadada, que evolucionaba hacia la tipología burguesa, hacia Menandro y hacia los *Caracteres* de Teofrasto.²³ Pero tampoco el helenismo había de ver este género vinculado a la vida de la ciudad.

* * *

El siglo de la prosa, pues. Dejemos a la poesía con su triste programa, con los lamentos de Querilo a principios de siglo. Pero no sin antes considerar que la poesía había sido la forma de expresión genuinamente literaria, hasta entonces, poesía lírica y dramática, mientras tres nuevos géneros cobraban vida en la Atenas del v: la oratoria, Antifonte y Andócides; la historia, Heródoto y Tucídides, y la literatura científica, el *corpus* hipocrático.²⁴ La evolución, a comienzos del iv,

18. Información y textos sobre ello en F. VANNIER, *Le IV^e siècle grec*, París, 1967.

19. *Fragm. hist. graecorum*, I, 256, 76 (edd. Car. y Therd. Muller).

20. *Sobre la paz*, 160; cf. Platón, *Repúbl.*, 423a.

21. Sobre Menandro "burgués" puede verse T. B. L. WEBSTER: *Studies in Menander*, Manchester, 1960^o.

22. Cf., en nota 16, el art. de Alsina allí citado.

23. Esta evolución es para nosotros no más que un mar de fragmentos, que además no se han ordenado lo suficiente, y que llamamos comedia "media" y "nueva"; en ella hay autores cuya importancia adivinamos apenas, y así Alexis, tío de Menandro, y que seguramente dejó en su sobrino una huella más profunda de lo que un examen superficial permitiría observar. La cuestión de las relaciones entre Teofrasto y Menandro, y en especial la de la influencia de los *Caracteres* en el poeta cómico, no está suficientemente aclarada. Valdría más pensar en el sustrato común de las obras del filósofo y de Menandro y no en influencias concretas: es cierto, por ejemplo, que el título de una

obra menandrea, el *Supersticioso*, coincide con el de un carácter de Teofrasto, pero ya antes tenemos una obra de igual título entre las de Antífanes. Puede, desde luego, haber influido la tipología de Teofrasto en algunos caracteres de Menandro: algo puede haber del sórdido y hasta del grosero de Teofrasto en el díscolo de Menandro, por ejemplo. Pero no es menos cierto que la tipología ya formada por los cómicos de la media, y hasta la obra misma de Menandro, pudo haber influido en Teofrasto.

24. Con ello no quiere, desde luego, decirse que todo el *corpus* sea hipocrático ni que todo él haya sido escrito en el siglo v. Pero ésta es indudablemente una cuestión muy compleja cuya discusión resulta aquí inadecuada. El autor de este trabajo cree que, entre los escritos del *corpus*, uno hay que podría arrojar luz en la problemática general del siglo iv, y éste es el tratado *De arte*; pero como la datación más común de esta obra lo quiere del siglo v, y hasta ahora, a veces, de Protágoras, y como no hay aquí espacio para discutir esta cuestión, por ello se prefiere ahora operar con datos seguros y dejar este problema para mejor ocasión.

no consistió, como podría simplemente creerse, en arrinconar la poesía y en cobrar especial auge la prosa. Hubo, en primer lugar, un nuevo género de reciente cuño y de estructura distinta, el filosófico. Y luego sucedió que los sofistas, cuya última generación había sido (recordemos a Alcídamente)²⁵ más o menos contemporánea de Eurípides, dejaron paso a las escuelas de retórica, como aquella en la que Isócrates, como vio Marou,²⁶ quería formar a la élite requerida para el gobierno y los cargos públicos e intelectuales, en los nuevos tiempos. Y, es un dato no negligible, los historiadores salieron o de la enseñanza de Sócrates, como Jenofonte, o de estas escuelas de retórica, como Éforo y Teopompo de la de Isócrates. Esto que llevo escrito es ya un rasgo definitorio, aunque externo, de la literatura del siglo.

En la oratoria, el caso de Lisias es el más complejo: pertenece a una generación que da personajes tan diversos como Critias, Aristófanes y el mismo Lisias, y en la que el sentido de la crisis general (recordemos que Eurípides también pertenece a ella por su problemática) se deja ya notar claramente. El profesor Galiano ha explicado muy bien el fracaso de Lisias:²⁷ no tuvo una familia, sino tardía y, por conveniencias, quiso ser el nuevo Gorgias y sólo se ganó el comentario irónico de Platón; quiso también brillar en política y salió corrido y desengañado; quiso, en fin, también ser rico, y tuvo que conformarse con complacer a sus clientes y salir al paso con lo que ellos le pagaban. Fue, a cambio de esto, el maestro indiscutido de la oratoria forense, y si ello poco debió en verdad de interesarle a él, sí nos interesa a nosotros. Porque Lisias es, en un género que gozó de grandes maestros en el siglo siguiente, también el ejemplo de cómo los caminos de esta generación, aunque continuados, llevaron a muy diversos lugares. En sus dos últimas obras lo advierte ya Aristófanes con melancolía: el público ya no quiere una comedia comprometida, política: está abierto el camino, camino hecho de observación de la vida cotidiana y de reflexiones morales, de la comedia media. Por este camino van algunos de los discursos de Lisias, si no todos. Los personajes de cualquier sitio: el inválido, el marido engañado, los pobres ciudadanos sometidos a las vicisitudes azarosas del régimen político ateniense. Y él caracteriza al inválido desde su defensa, y él sabe cómo el marido ultrajado ha de presentarse ante los jueces, y detrás de cada personaje adivinamos la sonrisa, seguramente un tanto amargada, del logógrafo. Es evidente que él estiliza, como ha notado Sophie Trenkner²⁸ a propósito del *En defensa de Eufileto*, pero no es menos cierto, como ha polemizado Cataudella,²⁹ que la estilización tiene una base real y que Lisias la presenta tan realmente, tan vivamente, "que corre el riesgo de parecer... inventada". Y aunque sea en cuadros no extensos, Lisias ha de contarse entre los mejores narradores antiguos, gradual, claro, eficaz: recordemos su clímax de descripción del terror de los ciudadanos bajo los Treinta, en el *Contra Eratóstenes*. Todo esto lo logra Lisias con una lengua depurada de arcaísmos y de expresiones poéticas; es el suyo

25. Sobre la problemática nueva de Alcídamente, cf. F. RODRÍGUEZ-ADRADOS: *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966. Lo más importante de este sofista es su idea (cf. Aristóteles, *Retór.*, 1373b) de que "la naturaleza no ha hecho esclavo a ningún hombre", pero es probable que se haya tendido a exagerarla en su importancia en según qué interpretaciones (cf. W. WINDEL BAND: *History of an-*

cient philosophy, Nueva York, 1956, p. 123).

26. *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, París, 1948.

27. En *Estudios Clásicos*, 1953 y 1954, páginas 71 ss. *Lisias y su tiempo*.

28. *The greek Novella in the classical period*, Cambridge Univ. Press, 1958.

29. *La novella greca*, Nápoles, s. a.

un lenguaje cuidado, pero sencillo y que busca la expresión más directa, y que se tiñe a menudo de coloración local, como en el primer discurso, apañado con convenientes pinceladas de vocabulario rústico (cf. cap. 18, 21, 26) para uso de su cliente.

Este camino de Lisias lo había seguido Iseo en la oratoria,³⁰ y su manera se perpetuará un algo por la comedia media hasta la nueva. Pero el camino que lleva a lo helenístico es radicalmente distinto, y lo abrirá Isócrates. Isócrates es de estos hombres a los que la fortuna sonríe de un modo casi escandaloso: vivió largos años; las fuentes nos mencionan a Gorgias, a Pródico, a Tisias, a Terámenes, hasta a Sócrates, entre sus maestros; fundó en 392 una escuela que iba a influir decisivamente en el desarrollo posterior de la literatura griega y que iba a proporcionarle no pocos ingresos; es la suya la correcta y un tanto enojosa figura del gran señor culto, intelectualizado, con ideas y hasta audiencia en lo político. Y al que no puede discutírsele, además, una gran visión política que los sucesos históricos inmediatamente posteriores a él confirmaron. En política interior fue una especie de parlamentarista, más que un demócrata; en lo exterior, un abogado del panhelenismo agresivo, contra Persia; y siempre tuvo la gran idea de que la primacía de Atenas sólo podía mantenerse en lo intelectual, sustentado por un florecimiento económico que se basara en una política moderada. Fue también un poco, como correspondía, un escéptico, relativista en cuestiones de epistemología, digamos, y convencido de que la opinión, la *doxa*, podía venir influida por el argumento. A partir de aquí, se comprenderá que cualquier planteamiento de la sencillez al modo de Lisias se ha hecho inviable. Al contrario: interesa ahora el efecto, y este efecto se logra con el estudio de los modelos, con la depuración del estilo; en una palabra: literaturizando. La escuela deviene el centro de la cultura, y la enseñanza y la educación se hacen cultura (*φιλοσοφία* por la que entendía Tucídides el gusto de los atenienses por las cosas del espíritu, pero cuyo sentido se especializa en Platón), y en la cumbre está la retórica; la misma retórica que Platón, sirviéndose de Sócrates, había sentado en el banquillo de los acusados encarnada en Gorgias: Platón había también organizado un vasto y arduo programa educativo, culminado por la dialéctica, que a su vez había Isócrates reducido a un breve ejercicio.

La mejor muestra del carácter ecléctico y moderado de Isócrates es su lengua: nos ha llegado sometida a un lento proceso de elaboración, y casi no podemos prescindir de la referencia a lo que será la poética de los alejandrinos; tiene Isócrates un sutil sentido de la lengua, como ha visto Pohlenz,³¹ y por él busca cuidadosamente cada palabra y excluye tanto los vulgarismos como la elevación del lenguaje poético. Evita sistemáticamente el hiato. Y no termina aquí: las palabras son tan solamente como el material para la arquitectura del período; hay que pensar también en la simetría y correspondencia (no pocas veces incluso isosilábica) de los períodos, en el ritmo. La idea se convierte así en una esclava natural de la trabazón estilística que suple a veces la esperable trabazón lógica; la idea viene llevada por el ritmo, por la perfección acústica, y se admite tan naturalmente como la perfección misma de la cadena fónica. Después de este trabajo, la prosa, la elocuencia, nos llega tan depurada como la poesía, y la función persuasiva de ésta en el período anterior — función a la que se había

30. S. USHER: *Oratory*, en J. HIGGINBOTHAM (ed.): *Greek and Latin literature*, Londres, 1969.

31. Cf. *L'uomo greco*, trad. it., Florencia, 1962.

referido ya Píndaro, pero contra la cual rompió Platón sus lanzas, contemporáneamente —, ésta es la que Isócrates intenta conseguir. Es la suya una lengua tan ecléctica y moderada como eficaz, y esto define también al hombre que la escribió (pensándola para que fuera hablada).

Graecis historiis plerumque poeticae similis licentia est, escribió Quintiliano, y el juicio nos choca si pensamos en Tucídides, en Polibio. Pero si pensamos en una historiografía salida del casi laboratorio literario de Isócrates, entonces podremos valorar más favorablemente el juicio de Quintiliano. Una historiografía insípida a veces, que divaga al azar de lo fantástico e improbable, a menudo, y casi siempre retórica, a juzgar por el naufragio de las obras de estos historiadores; sin rigor por lo cronológico, sin el mínimo planteamiento científico en la selección de datos. La nueva historia, la tucidéida, tenía dos hermanas, la sofística y la medicina, y la influencia del *corpus* llega hasta Polibio.³² Pero la del siglo IV desplaza de Atenas el centro de gravedad del mundo griego: si las *Helénicas* de Jenofonte continúan el libro VIII de Tucídides, hasta si Filisto continuó, en los tres libros de su *Historia de Sicilia*, el método y el estilo tucidéidos, no deja de ser cierto, en contrapartida, el filolacedemonismo acérrimo de Jenofonte y que la de Filisto era una historia de Sicilia. Con Éforo nos vamos a Macedonia, a los cincuenta y ocho libros de sus *Φιλίππικὰ*, obra que tenía pretensiones de historia universal alrededor de un centro, la historia de Macedonia a partir de Filipo II. Los libros VIII y IX eran *Θαυμάσια*, elemento muy de acuerdo con el efecto literario que también posibilita una nueva referencia a lo alejandrino, y en particular a Calímaco,³³ y que nos pone en la línea del jonio Ctesias y de los historiadores de Alejandro. El mundo jonio no había sufrido tanto, al parecer, bajo la reciente dominación persa; no tanto, al menos, como quiere insinuar Isócrates,³⁴ y es importante señalar que en algunos puntos el mundo jonio adelantó considerablemente el helenismo: ellos se sintieron, antes que los demás griegos, enfrentados a un mundo bárbaro y depositarios de una tradición cultural griega, mientras las circunstancias de su vida cotidiana anunciaban ya la mescolanza de razas, religiones y culturas que definirá, dentro de poco, a la cultura griega. quede esto dicho a propósito de Ctesias. Y añadamos que también Éforo se preocupó por la historia universal. Es un universalismo, en fin, que no puede encontrar su centro en el mundo griego (como antaño en Atenas, en la concepción de Heródoto), y que es síntoma claro del hundimiento de Atenas y de Grecia y presagio, una vez más, de lo helenístico.

Es un poco el barroco al que se suele llegar tras de lo clásico, cuando "el escultor ha de expresar por las formas las impresiones del alma",³⁵ y ello nos lleva

32. Es interesante cf. *Aires, aguas y lugares*, 16 con Polibio III, 6, 6. También Tucídides, I, 23. Sobre estos conceptos en Polibio, y en la concepción de su método, cf. P. PÉDECH: *La méthode historique de Polybe*, Paris, 1964.

33. Cf. la obra de CAPOVILLA cit. en nota 10, realmente interesante sobre este punto.

34. Polemizando con Isócrates escribe VANNIER (*op. cit.*, en nota 18, p. 42) que "en fait l'Ione et, d'une manière générale, tous les territoires riverains de la Méditerranée orientale sont le théâtre d'expériences monarchiques, d'un réveil économique et d'un renouveau de la civilisation, où se rencontrent apports grecs et tra-

ditions locales. Ces phénomènes de contact sont importants à la veille de la grande confrontation de la Grèce et du monde perse". Volviendo a Isócrates conviene destacar, en las antípodas de esta falsa apreciación sobre el dominio persa, su sublimación del imperialismo ateniense del siglo anterior, en especial en *Panegir.*, 103 ss.

35. Son palabras de Sócrates en Jenofonte, *Memorables*, III, 10, 8. El cambio radical en la escultura fue dado por Lisipo, y significativamente reflejado por Plinio (*Nat. hist.*, xxxiv, 61, 9) en unas palabras que bien podrían referirse (si se hablara de héroes, pero da lo mismo) al teatro de Eurípides: *ab illis* — los antiguos —

ya a la nueva música y al ditirambo, que tan malparadas dejan a la poesía, si hemos de juzgar por Timóteo. Pero hay aquí un nuevo gesto: el rechazo de lo anterior, la búsqueda de lo nuevo, del efecto, como el mismo Timóteo dejó escrito.³⁶ La poesía se nos muere hasta en la comedia, como dice Cantarella,³⁷ y hasta lo cómico se nos esquematiza reducido a chiste.³⁸ Y el elogio de lo cómico suena a pobre en boca de Antífanos:³⁹

Todos andan con esfuerzos y cuitados,
pero la vida, creemos, es para reír
y divertirse, y lo mejor es estar de broma.
Lo bueno es reír, escarnecer, beber mucho.
¿No es esto dulce? Lo más, para mí, tras la riqueza.

De hace ya tiempo se anda la poesía quejando de lo efímero, y se ha reemprendido la meditación de Mímmerno sobre la fugacidad de la vida y lo mudable de la grandeza.⁴⁰ Mientras el Sócrates platónico va por el *Menón* preguntándose sobre la naturaleza y la posible definición de la virtud, un anónimo poeta, con un deje de ironía y de amargura bien metido en sólo dos versos, exclama:⁴¹

Oh sufrida virtud: eres una palabra, y yo
solía practicar como algo real, a ti, sierva del azar.

Hemos de pasar rápido por sobre los poetas y los cómicos. No es mucho lo que aportan, quizá, pero menos es lo que de ellos nos ha quedado, poco más que los títulos, y a veces intuimos que la pérdida es, tal vez, más importante de lo que la tradición parece indicar: así en Éubulo, uno de cuyos fragmentos es altamente sintomático del nuevo carácter alejandrino frente al amor:⁴² amor alado, leve; “¿cómo va a tener alas algo así?”, se queja, despotricando de escritores y escultores que tal le representan. Es una *pose* muy helenística, la que aparece aquí, y todavía alguno de sus títulos, como el *Patrón de burdel*, nos pone frente a un personaje de Herodas cuya dimensión helenística ha calibrado bellamente Fernández-Galiano.⁴³ Y queda aún Antímaco, del cual es lamentable lo poco que tenemos,⁴⁴ precisamente porque también influyó, y al parecer largamente, en la poesía alejandrina; de su *Lide* dijo Calímaco que era un “escrito

factos quales essent homines, a se — Lisipo — *quales uidentur esse*. Es el cristal de la apariencia, los posibles enfoques angulares, lo que resquebraja la casi monolítica grandeza de lo clásico. Lo mismo podría decirse sobre la pintura, y notar, en relación con lo que antes se decía en el texto, y en la nota anterior, que a finales del siglo v Parrasio — el interlocutor de Sócrates en el lugar arriba citado, algo antes —, uno de los maestros de la nueva pintura, es de Éfeso, y que el pintor más famoso del iv, Apeles, era también jonio, de Colofón. Sobre una visión de la escultura y de la pintura de la época, cf. J. D. BEAZLEY y B. ASHMOLE, *Greek sculpture and painting*, Cambridge Univ. Press, 1966.

36. “No canto lo viejo, / mejor es lo nue-

vo. / Reciente reina Zeus, / gobernó Crono antaño. / ¡Fuera, la poesía vieja!” Fragmento 7 Diehl.

37. *La letteratura greca classica*, Florencia y Milán, 1967.

38. Cf., por ejemplo, el chiste del matrimonio en el frag. 221 Kock, II, de Antífanos.

39. Frag. 144 Kock, II.

40. Cf. Nauck, frag. 372 de autores anónimos.

41. *Ibidem*, frag. 374.

42. Frag. 41 Kock, II.

43. “El amor helenístico”, en *El descubrimiento del amor en Grecia*, Madrid, 1959.

44. En B. Wyss: *Antimachi Colophonii reliquiae*, Berlín, 1936.

macizo y oscuro",⁴⁵ pero Posidipo y Asclepiades, que hay que contar entre los "telquinos" del prólogo de las *Aetia*, celebraron, en cambio, la obra elegíaca de Antímaco, cuya pérdida sin duda es muy sensible, pues a pesar de lo heletístico rastreable en Critias, el salto entre él y Hermesianacte es considerable y no ofrece lugar a dudas que, históricamente, el lugar de Antímaco — como prueba por demás la polémica posterior — era de capital importancia para la comprensión de la elegía alejandrina, género de indudable trascendencia en la historia de la poesía europea.⁴⁶

Pero las cosas iban mal para la poesía que Platón maltrató por todas partes, como es sabido; pero sobre todo iban mal en Atenas, de donde solamente conservamos algunos nombres de tragediógrafos (poquísimos) y de cómicos, y escasos fragmentos. Se ha notado pocas veces que casi todos los poetas de la época son jonios: Quérido, de Samos, Antímaco, de Colofón, y hasta Timóteo, de Mileto y que fue a morir en Macedonia. Y ha de pensarse que, por lo poco que de ellos sabemos, están en la línea de renovación, como lo está Ctesias (y también Éforo y Teopompo, que tampoco eran atenienses: de la Cumas eólica el uno y el otro de la homérica Quíos), en la línea de renovación que lleva a lo alejandrino y que, por lo que hace a la historiografía, trasciende largamente lo alejandrino para progresar, como demuestran las quejas de Luciano,⁴⁷ en la época romana.

Volvamos a la ciudad, a Atenas. Allí se formaron, con todo, Éforo y Teopompo, y allí habíamos detectado ya rasgos importantes en la oratoria y también en la obra de Jenofonte, que largo tiempo anduvo fuera de ella. Pero Atenas ya no es lo mismo. Escuelas de retórica, en vez de sofistas; pocos nombres de trágicos; una comedia mediocre en la que pocos rasgos llaman nuestra atención y, si es así, más por sintomáticos que por artísticos. El golpe se lo asestó, sí, la guerra del Peloponeso y las vicisitudes políticas subsiguientes. Pero hay algo más: la última generación de sofistas había preconizado una actitud individualista, incluso hasta el máximo, y ejemplos de ella se habían dado, en carne y hueso, en la política contemporánea. Se había así producido una escisión, un nuevo resquebrajamiento entre ciudad e individuo, más allá (aunque no al margen) de circunstancias políticas concretas. La personalidad misma del poeta, que los trágicos habían concebido como inserta en una comunidad, a su servicio,⁴⁸ quiere ahora escaparse de los límites de un género objetivo, y volvemos a Timóteo, afianzando su "yo",⁴⁹ y al mismo Agatón, inventando sus temas. Esta escisión

45. Cf. frag. 398 Pfeiffer.

46. Puede verse mi trabajo cit. en nota 16. Cf. C. DEL GRANDE: "Elegía ellenistica e sviluppo novellistico", en *Miscellanea alessandrina* (en memoria de A. Rostagni), Turín, 1963.

47. En todas partes, en el *Quomodo historia conscribenda sit*, y desde luego en el inicio de su *Historia verdadera*.

48. No hay duda de que la tragedia era un género "político" (cf. ALSINA: cit. en nota 16); su ocasión eran fiestas nacionales, en los *comoi* participaban todos los fieles (sobre esta interpretación, que busca en *comos* el origen del drama, cf. RODRÍGUEZ-ADRADOS: "Sobre los orígenes del teatro", en *Emerita*, xxxv, 2, pp. 249 ss.), y, luego, era mediante un certamen que el poeta, trágico o cómico, llegaba a su públi-

co, la ciudad entera. Hay una cierta libertad, sin duda, en lo trágico, pero la tragedia es, salvo dos excepciones, siempre mitográfica — hasta Agatón —, y la misma interpretación moderna suele girar en torno a lo religioso (que es también "político", en la ciudad) o a lo político. La ciudad determina — con sus gobernantes, sus vicisitudes políticas, los gustos de los ciudadanos, etc. — al trágico, del modo como, por poner un ejemplo, el destinatario de la oda determina al epinicio pindárico.

49. Véase aquí la nota 36. Es bastante claro que, en los versos allí citados, el poeta opone su gusto particular, desdefiosamente, con una buena punta de orgullo, a la tradición, a lo trillado. Hay que pensar en el frag. 1 Kinkel de Quérido, que ha sido ya citado, y en el "sello"

entre el antiguo ideal político y el actual individualismo la sintió en carne viva Platón; aparte del problema de autenticidad que parece haberse remozado en torno a la tan traída y llevada *Carta VII*, lo cierto es que el punto de partida de Platón parece haber sido político; pero el individualismo está ya, en cierto modo, en Sócrates. Y lo curioso es que Platón, que ha partido para restaurar la ciudad, para reconciliarla con el individuo y con los valores ahora replanteados, acaba privilegiando al individuo, a la ciudad ideal que lleva dentro. Son los caminos de la utopía, pero también es un rasgo barroco y podríamos aludir a Tomás Moro. Se da una curiosa paradoja, que el hombre es un animal político, pero que ciudadano y hombre perfecto no coinciden sino en la ciudad perfecta. De donde, hasta que ésta no se implante, el hombre político y el hombre individual andarán reñidos, inconciliables. En una ciudad real, el mejor hombre, si opone su individualismo a lo social, a lo político (*exempli gratia*: Sócrates), será considerado un mal ciudadano. Y, claro está, el filósofo no tiene sino que crearse una ciudad interior, reunirse con sus iguales; Platón luchó aún por unir a la sabiduría, a la filosofía, la acción, la participación. Pero luego sólo hubo Academia o Liceo, o Pórtico o Jardín. Fue entonces, después de algunas intentonas frustradas de discípulos de Platón, cuando se empezó a hablar de abstencionismo.⁵⁰ La prioridad del individuo: la monarquía o la oligarquía, en política, y aquí las élites que han formado Isócrates y Platón en torno a ellos, los tratados sobre el oficio de rey.⁵¹ Política y educación son términos de evolución paralela, en Grecia, y no anda lejos la religión misma. El período que va hacia lo clásico, en Grecia, es un período de tendencia al igualitarismo y a la *isonomía*, a la democracia: política y educación, y *paideia*, están entonces más o menos al alcance de todos, y el arte y la literatura se justifican como educación en el marco de la ciudad. Antes, la elegía anduvo también este camino, de la mano de Solón. Pero ahora, en el siglo iv, lo político vuelve a ser patrimonio de una élite, como la educación, y la religión de los mejores (recordemos a Platón) se distancia no ya de los olímpicos sino también de la religión popular que ahora renacerá entroncando con sus más genuinas vivencias.⁵²

(en el de Teognis, que supera, desde luego — sea cual fuere la interpretación adoptada — el simple firmar de algunas de las *gnomai* de Focílides; pero también en el de Critias, el oligarca, tío de Platón, relacionado, quizá con algunas audacias métricas — una secuencia yámbica (frag. 2 Diehl) en un ritmo dactílico: cf. Dionisio Calco, frag. 1 Diehl, en donde el pentámetro, según testimonio de Ateneo, que nos lo ha transmitido, precedía al hexámetro).

50. Esto lo ha visto bien B. FARRINGTON: *The faith of Epicurus*, libro publicado en 1967 y del cual existe una deplorable versión castellana, *La rebelión de Epicuro*, Barcelona, 1968.

51. Cf. ÁLVARO D'ORS: art. cit. en nota 11. Para una exposición más detallada — y muy interesante en referencia a la primera época helénica — cf. SINCLAIR: *A history of greek political thought*, Londres, 1951.

52. Sobre la religión del siglo iv puede leerse mi opinión en otro trabajo de este mismo

Simposio. Aquí me refiero a la contención de lo genuino popular que la democracia ateniense — como equilibrio entre aristocracia y pueblo, pero de dirección aristocrática — significó. Las consecuencias de esto en lo político fueron los demagogos (que suscitaron, según se sabe, reacciones oligárquicas) y el abstencionismo de la mayoría, que acudía a las asambleas, según resulta de ciertos documentos, más en plan de espectáculo que movida por un sentido político de la responsabilidad. En lo religioso el intento de conciliación entre lo popular, digamos Dioniso, y lo aristocrático, olímpico y apolíneo, dio lo trágico. Pero lo trágico fue la ritualización política oficial de un fenómeno popular de características distintas, y en lo trágico mismo puede seguirse la descomposición de esta religiosidad oficial. El pueblo volvió, y es lógico, a los cultos más directos, a una religión "funcional" y diríamos utilitaria; a sus prácticas religiosas tradicionales, subterráneas durante la época clásica — en especial durante el siglo iv.

Todo esto nos puede explicar bien el desfase y el criticismo de Demóstenes, que, a la vez que se sirve de la elocuencia, la explica, en manos de viles, como corrosivo de la democracia,⁵³ y toda la historia de la Atenas del iv, como ciudad, es la pugna entre ideales individuales o de minorías y el pasado glorioso y político, de todos y no individualista, de la ciudad en sus días de gloria. Ahora otra vez la referencia a la Atenas de antes como maestra y modelo, en Isócrates y en Demóstenes. Pero Demóstenes e Isócrates son muy distintos, y si el estilo es el hombre (frase archisabida que esconde una interpretación formalista de lo literario), entonces Demóstenes está en las antípodas de Isócrates. También Demóstenes se ha dado cuenta del papel privilegiado de la oratoria, en su tiempo, y ha concebido la exactitud que es en él el estilo desde el punto de vista de la riqueza y de la libertad de su vocabulario, como dice Stephen Usher.⁵⁴ La libertad se manifiesta justamente en dos usos que serían negativos para Isócrates: extendiendo su vocabulario, allí donde otros se habían abstenido, hasta enriquecerlo de expresiones poéticas y coloquiales, por los dos extremos que habrían hecho vacilar a Isócrates. La riqueza del vocabulario queda ya aquí manifestada, pero además está el juego de Demóstenes por vía metafórica, alusiva, como cuando ironiza sobre Filipo II,⁵⁵ o cuando explica que las ciudades están enfermas,⁵⁶ o cuando acuña neologismos como *φιλιππίζειν*, o *ιαμβειόφαγας* referido con particular gracia a su opositor Esquines, actor trágico,⁵⁷ y etcétera. El resultado no queda tan pulido como un discurso de Isócrates, sin duda, pero tiene una viveza, una fuerza que es incomparable a la cuidada elegancia del maestro de retórica. Ahí están aunque sólo sean sus antítesis, para confirmarlo, con una exactitud y un efecto que recuerdan a veces a Tucídides.⁵⁸ Demóstenes parece querer devolver a la palabra su antigua eficacia viva, directa, pero hasta en esto le ha tocado una mala época, la de la palabra literaturizada, escolar, retórica. Demóstenes no tendrá ni continuador ni parangón, a juicio de la Antigüedad; y es lógico, porque todos estos recursos y su resultante, el estilo vivaz y recio que lo define, estaban al servicio de la vida de la *polis*, como si pudieran resucitar la antigua democracia, y la ciudad hemos visto ya que agoniza, que va a morir. Isócrates, en cambio, como ha sabido aislar política y *paideia* por una técnica propia, y como quiera que el programa de educación que ha sido expuesto tendrá una larga influencia, dejará como legado un estilo que llegará hasta la sofística del siglo II

53. La elocuencia, y en especial la sofística, fue la llave maestra de la ilustración clásica: el racionalismo jónico fue uno de los corrosivos importantes del régimen político ateniense, y, en general, el proceso de laicización que, de fuente sofística, es perceptible en Tucídides y en según qué etapas de la evolución de Eurípides. En toda la época arcaica hay un proceso de tecnificación de la palabra poética: al principio es un don divino y a las puertas del siglo v es ya un arte que debe aprenderse y por el que el poeta cobra sus poesías (el proceso de laicización que ha ilustrado DETIENNE: *Les maîtres de vérité dans la Grèce archaïque*, París, 1967). Los sofistas, al enseñar el arte de convencer por la palabra, ya prosa (pero tan cuidada como, valga el ejemplo, en la *Helena* de Gorgias), acentúan definitivamente el proceso. Demóstenes en el *Contra Androcción*, 31, explica qué arma de dos filos era,

en su opinión, el régimen democrático, con base, precisamente, a lo que llevamos dicho; y es así que dice: "sabía, sí, sabía que el régimen más adverso para quienes llevan una vida infame es aquel en el que todos pueden denunciar las torpes acciones de éstos. ¿Cuál es este régimen? La democracia. Pero Solón advirtió un peligro, si podía llegar a formarse un grupo de hombres que tuvieran, a la vez, audacia y efectividad en el hablar y que unieran a ello tales torpezas y malas acciones"; 32: "Pues muchos errores podría, entonces, cometer el pueblo, movido por ellos..."

54. Cf. nota 30.

55. Por ej., *I Filip.*, 49.

56. *III Filip.*, 39; *De corona*, 46, etc.

57. Cf. *De corona*, 176 y 139, respectivamente.

58. Cf. USHER: *cit.* en nota 30.

y que, a través de la historiografía, influirá, como he intentado explicar⁵⁹ en otra parte, en la última creación literaria de Grecia, la novela.

Lo vivo, lo dramático, lo dialogado se salvó también en Platón, aunque también efímeramente. Es como si lo dramático corriera a refugiarse en el círculo de los elegidos, en la filosofía; Field ha dicho de los diálogos⁶⁰ que "cada uno es un todo dramático que tiene en sí mismo un orden y una unidad". Hay en ellos escenas realmente cumbres en la literatura europea, como la gradación tan tenue, pero tan eficaz, al narrar la muerte de Sócrates en el *Fedón*:⁶¹ se lava por última vez, despide a mujeres y niños, sus tres hijos, tiene palabras amables para el encargado de comunicarle que, por orden de los sacerdotes, ha de beber la cicuta, charla un rato con los discípulos y con Critón; bebe. Y Platón sabe introducir en el relato de *Fedón* como un submotivo determinante: el tiempo, el tiempo que se escapa hasta la puesta del sol, sin que nadie lo pare, pero que no parece importarle a Sócrates; se lo advierte Critón, que el sol está aún sobre los montes, que no ha declinado hasta la noche. La serenidad de Sócrates parece hasta excesiva, contrapuesta al dolor de sus discípulos; quizás haya Platón estilizado, pero el efecto sigue siendo exacto y conmovedor. El hombre bueno, el justo, ha resultado incómodo para los fines de la mayoría, para la democracia, y hasta el ὀνηρέτης de los Once, portavoz de la decisión de la democracia, reconoce con sus elogios el insalvable abismo. Y todo ello queda perfectamente reflejado en el estilo platónico; porque Platón tiende siempre a estilizar, a separar de un todo las partes que le interesan, silenciando las otras, ejemplificando, fijando las claves: generalmente por vía de analogía⁶² y a veces con saltos realmente dignos de encono poético, como cuando del enjambre se pasa a la idea universal de *areté*.⁶³ Platón es lo contrario de los sistematizadores de la siguiente generación, Aristóteles, Teofrasto o Euclides; recapitula, ciertamente, a los presocráticos y tiene en cuenta, sin duda, la aportación de Sócrates, pero el resultado no es nada sistemático: es una curiosa alianza de rigor lógico y de tendencias místicas, todo esto unido por un eje central de atención por lo político. El diálogo es un medio idóneo y artístico de confrontación y de descubrimientos, pero la sola palabra no puede expresar lo inexpressable, y así el desterrador de Homero cae en la sugerente trampa de lo poético, y en el mito la poesía tiende a evocar lo que está más allá de lo sensible, lo que escapa al *logos*. Sólo hay que añadir que el tono reverente e impotente del viejo Esquilo ante su Zeus de justicia y de armo-

59. *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968. Cf. también el estudio introductorio a mi edición de Jenofonte efesio (Barcelona, 1967).

60. *Plato and his contemporaries*, Londres, 1930.

61. 116a y ss. Cf. introducción y notas en la ed. de L. Robin, París, 1964.

62. Cf. J. Vives: *Génesis y evolución de la ética platónica*, Madrid, 1970. Este libro, que constituye sin duda la más completa y excelente aproximación de la filología clásica española al pensamiento platónico, es, en sustancia, la tesis doctoral de su autor, que fue defendida en junio de 1965 en la Universidad de Barcelona y obtuvo la máxima calificación. Su título era,

entonces, *Analogía y ética en los diálogos de Platón*.

63. La cosa está documentada, según es de sobras sabido, en el *Menón*. Es, desde luego, la cuestión de los universales, una de las cuestiones más serias que, remozada terminológicamente, pero la misma en el fondo, continúa teniendo importancia en cualquier epistemología que se intente. Platón cree en la existencia de la *idea* base de la cual participan los concretos, con lo cual monta una teoría del conocimiento anamnético, por así decir (81c y ss.). El paso delicado en el razonamiento platónico es la querida confusión entre la *idea* de cosas sensibles y la *idea* de abstractos. De poco vale que el pobre *Menón* objete levemente (73a) que a él no le parece ser lo mismo la virtud que las abejas.

nía es también poesía, más allá del rigor lógico, en los mitos escatológicos de la época de madurez platónica. La oposición de Platón al arte de su tiempo es explicable, y no es una paradoja el que Platón haya permanecido fiel a sus dos vocaciones primeras, la poesía y la política.

* * *

Llegados aquí, después de pasar sucinta revista a la literatura griega del siglo iv, podemos preguntarnos de nuevo cuál es su sentido, entre el digamos homogéneo núcleo clásico (muy efímero, con todo, si hay que considerarlo homogéneo) y la época siguiente, cuando la faz del mundo haya cambiado gracias a Alejandro. Podemos cuestionarnos sobre la entidad que decíamos al principio.

¿Será demasiado sencillo decir, simplemente, que en el siglo v había ya indicios de la ruptura entre el individuo y la sociedad,⁶⁴ que esto se va notando en Eurípides y que culmina en Sócrates, explotando críticamente en la generación siguiente, Isócrates, Platón, Jenofonte? La crisis detectable a finales del v, desde Eurípides a Critias y muy especialmente en la última generación de sofistas, es ya indicio de un clima prealejandrino: sólo que Alejandría no existe todavía. Faltan setenta años largos, y en ellos la crisis se hace general y se agudiza, pero, sobre todo, en la literatura vinculada al presente político de Atenas y de Grecia, como en Demóstenes y, en menor medida, en Platón, en Jenofonte y en Isócrates. La base para la creación de esta crisis es la guerra del Peloponeso, el hundimiento de Atenas y aun la incertidumbre política creada por los distintos intentos de hegemonía y por la aparición del peligro macedonio, pero su vehículo es la literatura, ateniense o de hombres formados en Atenas (con escasas excepciones), y esta literatura se abre, claro está, a soluciones nuevas; algunas de ellas resultarán favorecidas por el desarrollo posterior histórico y por la acertada visión de su autor, como he intentado explicar a propósito de Isócrates, y otras quedarán fijadas en unos acontecimientos que llevaron justo a lo contrario de lo que el autor pretendía, como en el caso de Demóstenes.

Esto por lo que hace referencia al pasado, especialmente, y por lo que une a la última generación del v con la primera del iv: las dos últimas obras de Aristófanes, que son del iv, confrontadas con el resto de su obra, dan idea de la ruptura y a la vez de la continuidad; poco después, Eubulo parece tender ya un puente hacia lo alejandrino. Parece fuera de duda, por lo que hace a lo futuro, que se habría producido algo parecido al alejandrino: no toda la primera poesía helenística es alejandrina, y Herodas y Fénix, por ejemplo, deben de ser jonios; y la poesía de Teócrito pudo haber tenido una patria siracusana, si en vez de hallar un mecenas en Ptolomeo II lo hubiera hallado, como intentó el poeta, en Hierón. Algunos poetas nuevos, como Erina, son plenamente del siglo iv, y creo que también podemos hablar aquí de Antímaco. Pero el curso de la historia es irrevocable, y lo cierto es que en los historiadores de Alejandro sedimentarán bases jonias (desde Ctesias, del que se ha dicho que fue el último de los logógrafos) y tendencias isocráticas (desde Teopompo y Eforo, también minorasiáticos), y que crearán una historiografía nueva, y que el individualismo triunfará en un género nuevo, la biografía.

64. Quizás el caso más claro, un hombre pero hay muchos otros en la política contemporánea, y no una ficción literaria sea Alcibiades, ránea.

La misma ruptura, hacia lo anterior y hacia lo nuevo, hacia Atenas y hacia afuera, es observable en una generación partida por las conquistas de Alejandro, la de mediados del iv; en ella entran hombres tan dispares como Menandro y Epicuro, y también Teofrasto, aunque sea mayor, o como Filetas, el padre de los alejandrinos. Digamos que la generación siguiente, la de los grandes poetas, desagravia a la poesía de su postergación en Atenas; ellos devuelven al verso lo que Ctesias, Isócrates o Platón habían intentado dar a la prosa.

En historia se dan pocas veces las sorpresas absolutas: cuando se llega a la Luna o cuando se descubre América, siempre resulta que se puede escribir un grueso volumen sobre antecedentes. Así, con el agrandamiento del mundo, obra de Alejandro. La literatura parece haberlo ya intuido: la cuestión de la igualdad de las razas, explicada por razones naturales ya desde el *corpus* hipocrático;⁶⁵ el universalismo en la historiografía, desde Eforo; el individualismo que culmina en la orgullosa autoconciencia poética de Calímaco, pero que antes ha resquebrajado la formidable extensión de lo unido por Alejandro; los cambios fundamentales en la estructura de los géneros antiguos, y el nacimiento de nuevos. Pero lo que es seguro es que, después de Alejandro, la enfermedad que Demóstenes había detectado en Atenas ha resultado ser incurable, y que la *polis* no se está ya muriendo: ya ha muerto.

El siglo iv se nos ofrece como lo que le faltaba al helenismo para estar radicalmente separado del clásico; la conmovición de Alejandro desenfocó al hombre medida de todas las cosas, al hombre griego centro del mundo, y Atenas fue sólo una ciudad entre otras. Así, el siglo iv queda continuamente desenfocado, de hecho, como decíamos al principio, entre lo antiguo y lo nuevo, pero aquella Atenas abierta a las cuestiones del espíritu, la del siglo v, reúne todavía fuerzas para brindarnos a varios de sus mejores escritores. Y ellos nos explican, directa o indirectamente, su larga y azarosa agonía, durante el iv, y su reflexión les mueve a sentar algunas de las bases más duraderas de la civilización europea.

65. Cf. en vol. *Grecs et barbares* de la Fondation Hardt, 1961 pp. 34-35 (Lichtenthaeler), pp. 175-176 (Baldry) etc.